



Caramelos de regalo

A mediados del siglo XX no había la cantidad de golosinas y kioscos que hay ahora, por eso se acostumbraba repartir caramelos a los compañeros para el día del cumpleaños. No cualquier caramelo... no un *Media hora* o unos *Gajitos de mandarina* que venían con la forma de la fruta pelada envueltos en celofán transparente y con una cintita verde a modo de hojitas. Esos no... esos eran los que traían las tías o las abuelas en una bolsita de papel blanco.

Ni pensar tampoco en llevar al colegio un caramelo “Chuenga”... era cosa de varones, de fútbol, de domingos; de cuando todavía no existía la globalización y un señor Chuenga podía fabricar sus propios caramelos y elegir un único lugar de venta: la cancha. Miles de personas esperando ver aparecer un flaco de nariz prominente y abundante pelo revuelto que traía los codiciados caramelos blancos y rosas, de tosca manufactura, sin envoltorio, indignos para un cumpleaños.

Tampoco quedaba bien un masticable *Mu-Mu* o un *Sugus*, porque esos eran para el recreo y venían en paquetes muy chicos. Debía ser algo importante, especial, no cotidiano. La magnitud del evento requería caramelos envueltos primero en papel dorado y luego en celofán, en cantidad suficiente, comprados en una bombonería, todos juntos en una bolsita, con moño de cinta brillante: tales requerimientos solo eran cumplidos por los caramelos *Suchard bañados en chocolate*. (Tomado de “Viñetas de Buenos Aires” de Raquel Prestigiacomo)